

# RESPECTABLES ADMONICIONES

## EUGENIO D'ORS SE DIRIGE A LOS CIENTÍFICOS

Cierro dos o tres libros españoles de materia científica. Y me tuerce los labios honda impresión de repugnancia. ¡Dios mío, como están redactados estos libros! ¡Qué expresiones más pedestres, qué confusión, qué léxicos, qué sintaxis! ¡Qué barbarie en todo y qué ausencia de buen gusto! Por excepción hallamos en una página media docena de frases bien construidas. Y si en un capítulo damos con una página elegante y clara, es por azar.

Lo más triste en todo es que los autores no suelen apenarse por tan grave ausencia de buen gusto: al revés, muchas veces aparentan estar satisfechos de ello. Parece que vean en la torpeza y barbarie un signo de seriedad y profundidad. "Eso no es de un escritor", dicen al sumergirse deliciosamente en los pantanos de la más triste confusión. "Eso no es un escritor". No, por cierto, decimos nosotros. De hecho, el hombre de ciencia español no lee después, en la soledad, el libro de su colega. Y así, poco le importa que el estilo de tal libro sea inteligible o no. Más bien, si el estilo es elegante y claro y el libro legible, el hombre de ciencia español guarda cierto rencor al autor por lo de la competencia. Utilísimo sería, en verdad, en estos medios, propagar la máxima del enciclopedista: "La ciencia no es otra cosa que un lenguaje bien hecho". Y cuán útil sería también que en las escuelas, sobre todo, y antes de aplicarse a otros métodos novísimos, de efecto un tanto arriesgado a veces, se pasara al menos por un período de ensayo de la antigua y buena moda francesa, que consiste en dar central importancia a la educación y perfeccionamiento de la aptitud del redactor. Redactar, redactar, redactar; del redactar provienen después privilegios y primacías. El secreto de la aristocracia y del predominio de la ciencia francesa, así como de su universalidad, se encuentra en un dón muy suyo: en la secular y segura superioridad de la redacción.

EUGENIO D'ORS

## LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE DE CIENCIA

*Conceptos tomados del editorial del Nº 3 del Vol. I de la gran revista "ENDEAVOUR", uno de los más respetables órganos de difusión científica de Inglaterra y del mundo.*

El problema fundamental con que se encuentra la ciencia en el terreno de la ética es el de hacerse conocer por la humanidad en su conjunto. ¿Qué fracción de la población de cualquier país civilizado —incluso el nuestro— puede ser considerada con una concepción propia de la ciencia, de sus aspiraciones, sus métodos, sus resultados? Aun con la más holgada estimación, tiene que ser muy pequeña. El desconocimiento de la ciencia no está de ningún modo relegado a las clases sociales más humildes. Está particularmente reflejado en la prensa popular. Todos los días aparecen en los diarios errores elementales, referencias equivocadas, o explicaciones fuera de actualidad concernientes al progreso y descubrimiento científicos.

La ciencia, positivamente, ha de ser expresada en palabras. Aun cuando los hombres de ciencia puedan sentir repulsión por la publicidad, se ven obligados, como corporación, a competir con los políticos, pues la ciencia es la que guarda las llaves del futuro.

Debiera instarse al Gobierno a fomentar la enseñanza de la ciencia con mayor extensión en las escuelas primarias, para que todos los niños, y no solamente los que acuden a las escuelas secundarias, pudieran obtener algunas nociones básicas respecto a lo que es la ciencia. Es todavía más vital ver la manera de llegar al adolescente, cuya educación científica (excepto en el caso de los que adoptan una profesión relacionada con la ciencia) cesa bruscamente con el fin de la vida escolar. Si aquella pudiera ser continuada usando más extensivamente la radio, por un número mayor de conferencias públicas. por medio de crónicas de ciencia en los diarios y en las revistas, con la publicación de más libros populares sobre temas científicos, y en general con el abandono de la actitud de apartamiento en el silencio del hombre de ciencia, podríamos esperar confiadamente constituir una nación preparada para comprender y capaz de utilizar los recursos ilimitados del espíritu y la materia.

Finalmente, si la ciencia tiene que expresarse en palabras, hay que enseñarla a ir del brazo con las letras. No significa menosprecio alguno reconocer que los hombres de ciencia rara vez se muestran con dominio de la prosa. La causa principal de la taciturnidad de la ciencia es probable que no esté en la falta de capacidad literaria, sino en la naturaleza apremiante y absorbente de la investigación científica. El deseo de dedicarse a la investigación original tiende a hacer olvidar la urgencia de las relaciones públicas de la ciencia, de suerte que una tarea que debiera ser propiamente obra de los principales, queda relegada con demasiada frecuencia a manos menos competentes. Hay que reparar este estado de cosas. La ciencia, en una palabra, TIENE QUE SABER EXPRESARSE; no la basta con aceptar su responsabilidad para con el público, sino que ha de aprender la manera de cumplir con ella.